

Primer año del asesinato de los jesuitas en El Salvador

Compañeros de Jesús en América Latina

El 16 de noviembre de 1989 seis jesuitas de la comunidad de la Universidad Centroamericana de El Salvador y dos mujeres fueron bestialmente asesinados por un grupo de la Fuerza Armada Salvadoreña. A pesar de las múltiples presiones nacionales e internacionales, de las buenas palabras del Presidente Alfredo Cristiani y de los encomiables esfuerzos del Juez de la causa los militares que decidieron la acción y quienes la llevaron a cabo siguen su vida normal. Para el pueblo cristiano de El Salvador y para nosotros, sus hermanos jesuitas de Venezuela, ellos son mártires, testigos del amor de Dios que entregó a su Hijo para que tuvieramos vida en abundancia. A un año de su muerte, su sangre derramada, semilla enterrada en la tierra buena del pueblo latinoamericano, ya ha empezado a germinar. Después de cuatro siglos y medio de fundada la Compañía de Jesús, el Espíritu que la inició sigue encontrando quienes conformen sus vidas a él. Por eso, el recuerdo de este primer aniversario de los jesuitas-mártires de San Salvador se convierte en el símbolo latinoamericano del inicio de este **Año Jubilar Ignaciano** con el que los jesuitas de todo el mundo celebramos los 500 años del nacimiento del fundador de la orden, Ignacio de Loyola y los 450 años de la aprobación Papal de la Compañía de Jesús. Para los jesuitas que queremos ser **compañeros de Jesús** en medio del pueblo latinoamericano es un momento para renovar nuestra opción por los pobres, la lucha por la justicia y la siembra de la fe liberadora en un continente creyente, cada día más oprimido. La fecha coincide, además, con la conmemoración de los 75 años de presencia jesuítica en la Venezuela republicana.

Compañeros de Jesús

La condición primera es sabernos pecadores, hombres comunes y corrientes, parte de una humanidad que sufre los dolores de parto de su propia liberación (Rm 8,22). Quienes acompañaron a Jesús de Nazareth en su vida histórica, quienes fueron elegidos para ser sus discípulos eran hombre comunes y corrientes. Sus seguidores también los somos. Por eso, puede exclamar San Pablo:

Fjense, si no, hermanos, quiénes han sido llamados: no hay entre ustedes muchos sabios según la carne, ni muchos de noble cuna. Todo lo contrario: lo necio del mundo se lo escogió Dios para avergonzar a los sabios; y lo débil del mundo se lo escogió Dios para avergonzar a los fuertes; y lo plebeyo del mundo y lo despreciable, lo que no cuenta se lo escogió Dios para destruir lo que cuenta. 1Cor 1,26-29

Conscientes de nuestra condición nos sentimos llamados a "colocarnos debajo de la bandera de Cristo", a tomar partido en la lucha que se libra en la historia humana del lado de quienes, como Jesús, están dispuestos a dar la propia vida para que esa historia se libere de toda opresión, egoísmo y muerte y disfrutemos de una vida humana entre hermanos que no tienen entre sí más deuda que la del amor mutuo.

Compañeros de Jesús significa hombres de oración, conscientes de lo imprescindible de la "unión del instrumento con Dios". Seguimos el camino de Jesús habiendo sido forjados en la escuela ignaciana del afecto: los Ejercicios Espirituales, en los que se nos inició a "sentir y gustar internamente" las cosas de Dios. Compañeros de Jesús porque nos hacemos peregrinos en la vida del Espíritu.

Compañeros de Jesús reunidos en comunidad de hermanos, "amigos en el Señor, para estar con él" (Mc 3, 14) y convertirnos en "religiosos pobres de Jesucristo".

Toda vida cristiana encuentra su pleno sentido en la misión: *Vayan, pues, y hagan discípulos a todos los pueblos...* (Mt 28,19). La Compañía de Jesús que fundó Ignacio de Loyola se entiende a sí misma como enviada. Nos reunimos en comunidad para potenciar la dispersión apostólica.

El jesuita es, por tanto, un peregrino de Dios que predica en pobreza la riqueza del don del Padre Bueno (Papá-Dios, como lo llama la tradición popular venezolana): la vida en el amor: *Nadie tiene mayor amor que éste: dar uno la propia vida por sus amigos. Usredes son mis amigos...* (Jn 15, 13)

Por eso, ser jesuita es poner toda la persona a tiempo completo al servicio del Pueblo de Dios, teniendo como tarea exclusiva la evangelización, a saber, el anuncio de la Buena Noticia de su liberación integral. Anuncio que se hace verdad cuando forma parte de la tarea el contribuir a que dejemos de ser una masa oprimida y manipulada para

Enviados

Al mundo de hoy

hacernos pueblo, sujeto liberado de toda opresión, libre para decidir su propio camino, sujeto de la sociedad y de la historia.

Una nota medular del Jesuita es su entera disponibilidad a lo que el Papa, en cumplimiento de su responsabilidad sobre la Iglesia universal, quiera encomendarnos. Esta característica, expresada a través del famoso "cuarto voto" de especial obediencia al Papa, subraya la conciencia de misionero, enviado del compañero de Jesús. Los jesuitas no decidimos por cuenta propia dónde tenemos que ir y qué debemos hacer. Para asegurar que nos empleamos a fondo en lo que "Dios quiere", que nos colocamos donde podemos ser más útiles para contribuir a la tarea evangelizadora de toda la Iglesia, nos ponemos a disposición de quien en la comunidad de los seguidores de Jesús, por su conocimiento, responsabilidad y servicio específico en ella, puede captar los sitios y actividades más necesarias o urgentes.

En fin, enviados a hacer presentes en este momento de la historia humana los signos de la llegada, para quedarse, del reinado de Dios: *los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y se anuncia la Buena Noticia a los pobres* (Mt 11, 5). Signos que invitan a la conversión, al cambio de conductas y actitudes personales y a la transformación de unas estructuras de injusticias en relaciones fraternales, más humanas.

Decidirse por ser Compañero de Jesús supone hacerse cargo de las angustias y las esperanzas de los pobres de la tierra. Lo que hoy vivimos, como el resultado de decisiones libres de los hombres, es un mundo de injusticias y de contrastes en el que, teniendo como nunca antes, las posibilidades tecnológicas para generar la igualdad y satisfacer las necesidades básicas de la población mundial, se ha preferido la dominación a la fraternidad.

De allí que la Compañía de Jesús haya entendido que la "promoción de la fe católica" para la que fue fundada hace cuatrocientos cincuenta años, está, en las actuales condiciones de la vida humana, indisolublemente ligada a la lucha por la justicia:

La ignorancia del Evangelio, por parte de unos, y su rechazo, por parte de otros, son realidades íntimamente relacionadas con las muchas y graves injusticias que dominan el mundo de hoy. Pero sólo a la luz del Evangelio puede el hombre ver claramente que la injusticia brota del pecado, así personal como colectivo, y que se hace tanto más opresora al encarnarse en omnipotentes instituciones económicas, sociales políticas y culturales de ámbito mundial y de fuerza aplastante.

Y, a la inversa, el predominio de la injusticia en un mundo en el que la supervivencia de la raza humana depende del amor mutuo y de la mutua comunicación de bienes es uno de los principales obstáculos para creer en un Dios que es justicia porque es amor.

Por eso, el camino hacia la fe y hacia la justicia son inseparables. ... (Congregación General XXXIIª D.2,6-8)

En América Latina esta realidad requiere de acciones urgentes. Necesitamos conocer mejor sus causas, proyectar sus salidas y hacerlas realidad fortaleciendo al pueblo como sujeto de esa nueva sociedad. Los compañeros de Jesús queremos sembrar la esperanza compartiendo la vida del pueblo latinoamericano y haciendo juntos eso que esperamos. Para ello queremos aprender de nuestros mayores, de quienes antes que nosotros encontraron en su misión la fuerza decisiva para entregar su propia vida.



Dos años de una masacre que avergüenza a la Venezuela democrática. El miedo y el susto siguen circulando entre los pobladores de El Amparo y particularmente en los sobrevivientes. La justicia, la sanción a los culpables y la verdad esclarecida tardan ya demasiado.

Olvidarlo sería renunciar a la democracia, la verdad, la justicia y la libertad.